

EL PORVEJIR DEL OBRERO

EL EXCESO DE TRABAJO

Fisiológicamente, el exceso de trabajo es tan nocivo como el exceso de reposo. El organismo humano necesita un ejercicio moderado para conservarse en estado de salud; y como las leyes fisiológicas, como todas las naturales, no admiten aplicaciones arbitrarias ni interpretaciones de leguleyos, resulta que si se somete el cuerpo á un exceso de actividad se fatiga y se agotan las fuerzas vitales; en cambio, se debilitan y acaban por atrofiarse los órganos que se dejan inactivos.

Hace algún tiempo se ha comenzado á hablar en serio de la salud de los trabajadores. Tenemos ya libros y folletos que tratan de la alimentación, de la limpieza, de las habitaciones, de las condiciones que han de reunir los talleres. En los periódicos y en conferencias públicas se hace una laudable propaganda contra el alcoholismo, contra la tuberculosis, contra todas las enfermedades que pueden contraerse por contagio. Sin embargo, del exceso del trabajo, que también destruye el organismo, que predispone á todas las enfermedades, que mata al individuo y debilita la raza, se habla muy poco. Hay que llamar sobre esto la atención de los higienistas.

El exceso de trabajo, considerando sus efectos sobre el individuo, es una plaga como las otras señaladas; pero considerado socialmente es peor que todas.

Desde luego, si hay muchos que trabajan demasiado, es porque muchos otros no trabajan absolutamente. Y no son los burgueses solos, los que no trabajan, sino también muchos obreros, que buscan trabajo, que necesitan el jornal para vivir, y no lo encuentran.

La organización de nuestra sociedad burguesa es tan mala que no se tiene en cuenta el derecho á la vida y al trabajo; no puede tenerse en cuenta de ningún modo. El propietario, el capitalista, sólo atiende á que su capital le produzca los mayores réditos y no se preocupa de los derechos de los trabajadores. Emplea operarios cuando le hacen falta y los despacha cuando no los necesita, sin ninguna otra consideración, aunque al faltarles el trabajo hayan de morir de hambre.

Cuando un capitalista emplea operarios quiere que estos le produzcan mucho, que trabajen mucho para él, y emplea los menos posibles. El capitalismo se afana por inventar cada día nuevas máquinas que trabajen más y sean más económicas que los brazos de los trabajadores. El ideal de la industria moderna es que las máquinas lo hagan todo.

Esto, dentro del régimen actual, sería la muerte por hambre de los trabajadores, á quienes interesa, en primer término, procurar la destrucción de este régimen, sustituyéndolo por otro más en armonía con los derechos naturales del hombre. Entre tanto, conviene á los trabajadores que el trabajo abunde, que los capitalistas necesiten emplear muchos obreros y que se vean obligados á pagarlos bien. Así se comprende que los trabajadores más prácticos pongan el mayor empeño en la reglamentación de las horas de trabajo, para obligar al burgués á emplear más obreros. Por la misma causa, en diferentes Congresos obreros se ha condenado en absoluto el trabajo á destajo, que perjudica siempre la salud y ocasiona inevitablemente la rebaja de la mano de obra.

A primera vista parece que trabajando á destajo los obreros pueden dedicar al trabajo el tiempo que tengan por conveniente; pero la experiencia, repetida en todas partes y en todos los oficios que se prestan á ello, demuestra que siempre trabajan un número excesivo de horas, hasta llegar á la extenuación. Esto se explica, porque los trabajadores de ordinario ganan apenas para cubrir las necesidades de la vida y tienen que esforzarse para ganar un poco más.

No lo consiguen, sin embargo, porque existe una ley económica según la cual los trabajadores ganan precisamente lo justo para subvenir á sus necesidades más perentorias. No pueden ganar menos, porque no vivirían; ni pueden ganar más, si no es en circunstancias especiales y momentáneas, porque entonces acuden los obreros desocupados, que hacen bajar el precio del trabajo, por otra ley económica la de la oferta y la demanda. Existiendo más obreros necesitados de trabajo que burgueses faltos de trabajadores, esta ley determina siempre el descenso de los jornales hasta el límite que impone la naturaleza, es decir, hasta el *mínimum* necesario para la vida.

En el *destajo* ocurre que si los trabajadores para ganar ese *mínimum* tienen que emplear ocho horas, por ejemplo, el precio de la mano de obra se ajusta á este patrón. Pero vienen obreros desocupados y se ofrecen por menos precio, contando con que podrán trabajar nueve horas. Entonces el burgués se aprovecha, naturalmente, y la rebaja del precio alcanza á todos, que para ganar lo mismo tienen que trabajar una hora más.

Pero el trabajo no aumenta, sino al contrario: como todos trabajan más horas, el mismo trabajo pueden hacerlo menos hombres, con lo que aumenta el número de los desocupados. Entonces piensan que pueden trabajar diez horas, y así sucesivamente, hasta lo imposible, hasta las diez y seis ó diez y ocho horas que trabajan algunos zapateros en nuestra isla.

Esto es la ruina completa; la ruina de la salud para los individuos y la ruina para toda la clase trabajadora. Cuanto prediquen los higienistas y los filántropos será inútil, si no se pone remedio á esa plaga del trabajo excesivo.

El que trabaja demasiado se perjudica gravemente á sí mismo y á los suyos y roba trabajo á sus compañeros que lo necesitan para vivir.

¿Por qué no se preocupan un poco más de estas cosas los trabajadores? ¿Por qué han de poner tanto empeño en dar gusto á los burgueses?

De todos modos, por mucho que trabajen, por mucho que se perjudiquen trabajando, no han de librarse del calificativo de *holgazanes* que les aplican generalmente los que no han trabajado en su vida, ni piensan trabajar.

M.

SOCIEDAD ÁCRATA

Hemos convenido en que una sociedad, para ser libre, debe anular el principio de autoridad. Acostumbrados como estamos á que la autoridad lo haga todo, se nos hace difícil la concepción de una sociedad verdaderamente acrata. Pero si investigamos las bases racionales en que deben descansar las sociedades, hallaremos que se necesita: trabajo, administración, instrucción. Sin trabajo es imposible la vida; sin administración es imposible regular el trabajo, la producción, el consumo, el bienestar individual y público; sin instrucción no hay perfección, ni progreso, ni justicia.

Estas condiciones sociales son innegables para todo el mundo; y por ellas se basta y sobra una sociedad para todas sus necesidades, sin que sea necesario el principio de autoridad.

Por otra parte, la libertad del individuo se regula por el interés colectivo. El espíritu de propia conservación de la masa social impone por sí solo los deberes á los miembros que la componen.

Porque una de dos: ó la sociedad se asienta sobre bases sólidas y es armónica, justa y estable; ó se desquicia y se anula, dominando la arbitrariedad y el salvajismo individual. No es concebible que una sociedad se abandone hasta el punto de anularse, ya porque le es condición esencial la armonía, ya porque el individuo no puede vivir sin sociedad.

Y si esto es natural y lógico, ¿no hemos de fiar á la sociedad misma sus medios de estabilidad, aunque la autoridad no la dirija? Y puesto que hoy, y más mañana, el principio de autoridad no es otra cosa que permanente causa de disturbios y desórdenes, y hay en la general masa criterio suficiente para regirse por sí misma, ¿sostendremos aún que tan funesto principio es necesario? ¿Por ventura se sostiene hoy la sociedad porque sea dominada, ó bien porque tiene virtudes suficientes para subsistir con ó sin tiranía?

Basta muy poca ilustración para convenirse de que si los pueblos se compusieran de un atajo de truhanes, la autoridad sería impotente para dominarlos y moralizarlos; es así que la bondad de los pueblos sostiene la autoridad y no ésta á los pueblos; pues

frágil sería su asiento si por la mayoría de los que componen la masa social fuese combatida.

Por tanto, si por sus propias virtudes é ilustración se mantienen las sociedades humanas, no vemos la necesidad de que el autoritarismo funcione.

Bajo el primer punto de vista hemos hallado que no se puede prescindir del trabajo, de la administración ni de la instrucción; bajo el segundo, la conservación del orden social por su propio y natural interés. Pero en ningún caso hemos notado la falta de autoridad. En consecuencia, como que ésta es la única enemiga de la libertad del individuo, ésta queda garantida sin la dominación de aquella.

Podrá hablarse de instintos, inclinaciones, pasiones, desvarios, etc., etc., como causas de perturbación; pero rijiendo las sociedades el principio autoritario ¿ha sido posible dominarlos? ¿no se han acrecentado, al contrario, con su absolutismo, inmoralidad, usurpación y vejámenes de todo género?

Para probar que su benéfica influencia es cierta, no deberíamos ver casas de maternidad ni hospicios, hospitales ni correcciones, cárceles ni presidios, patibulos ni verdugos, prostitutas ni ladrones, ni ese enjambre de polizontes, soldados, jueces, abogados, notarios, procuradores, etc., etc., que ya no puede el hombre dar un paso sin tropezar ó con una víctima ó con un malvado!... Y pues tiranía tanta; ni menos, no curan ni amortiguan los males sociales, ¿puedese, en conciencia, defender tan fatal principio como el autoritario? ¿No es la sociedad misma que se irrita y subleva contra él para subsistir con la armonía que anhela, con la justicia que le cautiva?

Inútil es esforzarnos más. Los dos aspectos del tema, tratados á grandes rasgos, nos dan esta solución: «una sociedad consciente é ilustrada puede subsistir acráticamente; porque el principio de autoidad es de todo punto inútil y pernicioso; y en consecuencia, la libertad del individuo queda garantida con la justa estabilidad social.

A. PELLICER PARAIRE

De «Acracia».—Barcelona, 1886.

EL REGLAMENTO

A la vera del camino está la huerta del tío Rivoli, cercada por una tapia medio deruida.

El tío Rivoli, después de examinarla prolijamente, se decide al fin á repararla. No necesita de albañil ni de carpintero, porque conoce estos oficios, y se dispone á dar comienzo á su trabajo.

Mas no bien ha echado una paletada de barro para tapar un agujero y embutir la primera piedra, cuando oye una voz que le grita:

—¡Eh, tío Rivoli! ¿Qué está usted haciendo?

El individuo que ha hablado es un agente del Cuerpo de Caminos.

—Está usted incurriendo en una contravención—añade el funcionario.—¿Qué hace usted ahí?

—Ya lo ve usted. Revisando mi tapia, que amenaza ruina.

—¿Y el permiso?

—¿Acaso lo necesito para hacer de mi tapia lo que se me antoje? Esta tapia me pertenece.

—Sí señor, pero está en la vía pública.

—Pero ya ve usted que si no la arreglo se va á caer como un muerto.

—¿Y á mi que me importa? Le voy á instruir á usted las correspondientes diligencias por haberse puesto á reparar su tapia sin permiso y por haber depositado materiales de construcción en la vía pública. Lo menos le va á costar á usted esto cincuenta francos de multa.

El tío Rivoli se quedó tan sorprendido que no acertaba á articular ni una sola palabra. Al cabo de un minuto exhaló un ge-

mido, y estrujando entre las manos su raído sombrero, exclamó:

—¡Cincuenta francos! ¡Como si eso fuera posible!

—Y, además, tendrá que componer usted su tapia.

—No, no: desisto de mi propósito, suceda lo que quiera.

—Tendrá usted que repararla, porque amenaza ruina y obstruirá el camino al caer. Y le advierto á usted que si la tapia se viene abajo, tendrá usted que pagar cien francos de multa y los daños y perjuicios que con tal motivo pudiera ocasionar usted á un tercero.

—¡Cien francos! ¡Daños y perjuicios! ¡En qué tiempo vivimos, Dios mío!

—Ante todo—dijo el agente—tendrá usted que comprar un pliego de papel sellado y pedir permiso al prefecto.

—No sé escribir.

—Eso no es cuenta mía. ¡Ya sabe usted que el Reglamento es inflexible!

El tío Rivoli entró en su casa sin saber que partido tomar. Lo único que le consta es que el Cuerpo de Caminos no bromea con los pobres.

Y sintiendo todo el peso de su impotencia, exclamó:

—¡Y el diputado, que el otro día me dijo que formaba yo parte del pueblo soberano!

El tío Rivoli decidió consultar el caso con su vecino, el consejero municipal, el cual le dijo:

—La cosa no tiene remedio, amigo mío. La ley tiene razón contra todo el mundo. La ley es la ley... y el Código es el Código. Y como usted no sabe escribir, tendré sumo gusto en prestarle el servicio de escribirle la solicitud.

La solicitud fué enviada á su destino y pasaron dos meses sin que el tío Rivoli recibiera contestación alguna. Los prefectos nunca contestan. Hacen versos, ó elecciones, ó barbaridades.

El agente se detiene con frecuencia ante la casa del tío Rivoli.

—¿Y ese permiso?—pregunta al interesado.

—No hay nada todavía.

—Es preciso que escriba usted á la prefectura recordándolo.

Las cartas van á confundirse en los cajones con la solicitud en papel sellado, entre las empolvadas carpetas. El prefecto tiene mucho que hacer.

El pobre Rivoli acecha diariamente al cartero en el camino, y el cartero no se detiene nunca ante su puerta. Mientras tanto, las brechas de la tapia se agrandan cada vez más; las piedras se desprenden y ruedan por el camino; la argamasa se inutiliza, y la pobre tapia está casi desplomada.

Al fin, durante una noche de viento se vino al suelo. Los escombros cubren y obstruyen el camino. Al amanecer, el tío Rivoli se ha enterado del desastre. El cercado del pobre viejo está al descubierto.

—¡Ve usted!—dice el agente al infeliz anciano.—¡Ya se cayó la tapia y me veo en el caso de proceder nuevamente contra usted!

—¿Pero acaso tengo yo la culpa de la ocurrido? Si usted no me hubiera impedido repararla...

—¡Vaya, vaya!... Con los cincuenta francos de la primera multa, apenas serán ciento cincuenta y las costas. Bien puede usted pagar esa bicoca.

Pero el tío Rivoli no dispone de esa cantidad. Su huerta constituye toda su fortuna...

El pobre viejo tórnase sombrío y melancólico. No sale de su casa y en ella se pasa todo el día, sentado, con la cabeza entre las manos, ante el hogar sin lumbre.

El alguacil se ha presentado dos veces. Primero embargó los muebles, y luego la casa y la huerta. Dentro de ocho días se procederá á la subasta.

Una noche el tío Rivoli abandona su asiento y baja al sótano de su casa. Busca á tientas una cuerda que le servía para hacer rodar los toneles, y después sale á la huerta.

Un nogal extiende sus ramas sobre la hierba y oculta el cielo, apenas iluminado por la tenue claridad de la luna.

El anciano arrima una escalera al árbol... sube... anuda la cuerda á una de las ramas y sigue subiendo. Luego se echa al cuello la cuerda y se deja caer en el vacío.

Al día siguiente se presentó el cartero con el permiso del prefecto.

—¡Tío Rivoli! ¡Eh, tío Rivoli!

Pero el cartero vió por encima de la deruida tapia el rígido cadáver del pobre viejo, que se balanceaba al extremo de la cuerda, entre las ramas del árbol, donde dos pajarillos cantaban alegremente.

OCTAVIO MIRBEAU

LA ESPLOTACIÓN

No son sólo explotados aquellos que trabajan desde que amanece hasta que anochece; hay otros inocentes sin culpa, que son más explotados, si cabe, que los obreros que trabajan doce horas continuas; éstos son los fetos que todavía no han nacido, los hijos de los pobres, aquellos que hasta su madre se ve obligada á ganar un insignificante jornal para conseguir los míseros pañales que han de cubrir las carnes del sér que lleva en su seno.

Hay cuadros desgarradores en el mundo que conmueven á todo el que está dotado de sentimientos nobles, al que estudia la actual sociedad y reflexiona lo que es la explotación infame que rebaja la dignidad del hombre trabajador.

Cuando una pobre mujer en cinta abandona los quehaceres de su casa para ayudar con su trabajo corporal á llevar las cargas del matrimonio, es digna de admiración; necesita comer, ropita para el sér que ha de venir, y el jornal del marido sumado al de ella, no alcanzan para tanto; ya empieza á explotar á sabiendas al fruto de sus amores que todavía no goza de vida; pero reflexiona, sabe que necesita otro alimento que el pan y cebolla para que su hijo no nazca raquí-tico, pero á pesar de no ignorar el delito que comete, se resigna á comer lo que el insignificante jornal de ambos alcanza, el cual consiste en una miserable cantidad de un par de pesetas á lo sumo, que se invierten en jabón, leña para guisar, alquiler de la casa y la comida que se reduce á un pedazo de pan y salazón.

Hé ahí tres seres explotados que con sus privaciones dan de comer opíparamente al que no trabaja.

De ellos comen: el clero, el ejército, el comerciante, el casero y otros que no saben lo que es trabajar al sol y al frío.

El obrero del campo mueve la tierra para que esta produzca pan, vino, aceite y todo lo que se consume; él lo trabaja, los demás se lo comen, él es el explotado, los propietarios los que le explotan y, para colmo de injusticias, le consideran como á una bestia, le tratan con despotismo, le miran como al sér más desdichado de la tierra.

No goza de libertad, sólo le enseñan la esclavitud como única solución, y cuando va á ser padre de familia, cuando cree que su felicidad es llegada, mira á sus verdugos y exclama: ¿por qué mi hijo no ha de gozar los mismos beneficios que los de éstos, habiendo nacido todos en la tierra desnudos y sin otra distinción que esa maldita clase? y sin embargo sufre con resignación, acude al trabajo aunque sabe que este no le ha de proporcionar un momento de placer y continúa enriqueciendo á unos y dando de comer á otros.

Este trabajador ha sido también explotado por su propia madre antes de nacer, necesitaba alimentos y en su casa escaseaban; vino al mundo sin tener que agradecer nada á nadie; apenas pudo, le mandaron al trabajo, para ayudar con sus escasas fuerzas á los que le dieron el sér; la instrucción no la conoce, no sabe tampoco lo que es la sociedad ni como se vive en ella, su afán consiste en el trabajo para ganar el pan del día;

oye hablar de explotados y explotadores y no entiende ni una palabra de lo que se habla; ni para un día y otro, un año y otro año, hasta que la muerte destructora de los sufrimientos y felicidades, acaba con su vida.

Este hombre ha vivido sin haber sabido lo que es vivir, se ha muerto sin conocer siquiera lo que es un día de felicidad; ¿qué tiene que agradecer á la humanidad? Nada absolutamente.

Así hay muchos todavía.

JOSÉ SANJUAN

¿DÓNDE ESTÁ DIOS?

10 céntimos ejemplar y 1'50 ptas. paquete de 25 ejemplares.

MINUTA

Poco á poco la conversación se hizo interesante y Micromegas (sér imaginario, de ocho leguas de estatura, habitante de un planeta de la estrella Sirio, y llegado á la Tierra en compañía de un habitante de Saturno) habló de esta manera:

«Oh átomos inteligentes, sin duda gozaréis alegrías bien puras en vuestro globo, porque con tan escasa materia y pareciendo todo espíritu, debéis de pasar vuestra vida pensando y amando, como corresponde á verdaderos espíritus. No he visto en parte alguna la felicidad verdadera; aquí existirá sin duda.» A este discurso, todos los filósofos movieron la cabeza negativamente, y uno de ellos, más franco que los otros, declaró de buena fe que, á excepción de un corto número de habitantes muy poco considerados, el resto es un conjunto de locos, de perversos y de desgraciados. «Tenemos materia de sobra para obrar el mal si el mal procede de la materia, y demasiado espíritu, si el mal procede de éste. Sepa usted que en este momento en que le hablo (en 1737, en cuya fecha había guerra entre rusos y turcos), hay cien mil locos de nuestra especie que usan sombreros, que matan otros cien mil que se cubren la cabeza con un turbante, ó al revés, y que así se hace en casi toda la tierra desde tiempo inmemorial.» El siriano tembló, y preguntó cual era el motivo de tan horribles querellas entre tan raquíticos animalillos. «Se trata, dijo el filósofo, de un montón de barro (la Crimea, que pertenecía entonces á la Turquía), no más grande que vuestro talón, y no es que á ninguno interese lo más mínimo el asunto por el cual se hacen degollar, sino que es cuestión de saber si ha de pertenecer á un hombre á quien se llama *Sultán* ó á otro llamado, *César*. Ni al uno ni al otro ha visto ni verá el rincón de tierra de que se trata, y casi ninguno de esos animalillos que se degüellan mutuamente ha visto jamás el animal por el cual se matan.»

—¡Ah desgraciados! exclamó el siriano con indignación; es inconcebible ese exceso de rabia furiosa. Me vienen ganas de dar tres patadas y aplastar ese hormiguero de ridículos asesinos.

—No se tome usted esa molestia, se le respondió; hasta trabajan ellos para su propia ruina. Al cabo de diez años no quedará ni la centésima parte de esos miserables, y aun cuando no hubiesen recurrido á las armas, el hambre, el cansancio ó la intemperancia se llevaría á todos. No es á ellos á quienes hay que castigar, sino á esos bárbaros sedentarios que, desde el fondo de su gabinete, mandan, mientras hacen la digestión, el asesinato de un millón de hombres y que dan luego por ello solemnemente gracias á Dios.

VOLTAIRE

(«Micromegas».)

CRÓNICA BARCELONESA

Los republicanos, unitarios y federales, y parte de los catalanistas, asistieron en manifestación con gran número de banderas y músicas al acto de la colocación de una lápida en la casa donde nació don Francisco Pi y Margall.

En verdad resulta un sarcasmo eso de que honren la memoria de Pi los que en vida lo combatieron, traicionaron y abandonaron, insultándolo unos, y mistificando su ideal autonomista otros.

La adhesión á Pi y Margall hubiera sido más digna y eficaz encaminada á la implantación del régimen político por él trazado; pero venirse ahora con homenajes al que tanto difamaron en caricaturas y artículos, y traicionaron *partiendo el partido* en diferentes fracciones antitéticas, algunas de ellas reaccionarias hasta confundirse con el tradicionalismo, es más que repugnante, odioso.

Porque, hay que tener en cuenta que las tres fracciones políticas que tomaron parte en la procesión del día 26, por igual traicionaron al que hoy *rinden tributo de admiración*: los unitarios por haberle insultado y calumniado siempre; los federales por haberle abandonado volviéndole las espaldas; y los catalanistas por haber hecho una confusión del ideal autonomista, falseándolo, prescindiendo de Pi y Margall, y restando así fuerzas al partido federal.

Ya lo dijo el mismo Pi:

«Por cada hombre leal he encontrado diez traidores; por cada hombre desinteresado y patriota, ciento que no buscaron en la política sino la satisfacción de sus apetitos...»

¡Y estos han querido *honrar* la memoria de Pi y Margall! ¡Qué sarcasmo!

* * *

Se *acabó* la huelga de barberos.

No voy á hablar de ella porque me da asco; pero sí indicaré un medio que tal vez haría decidir con más firmeza á esos explotados á mejorar sus condiciones hoy indignas.

Sabido es que la denigrante propina es lo que constituye hoy la mayor parte del *semanal* del barbero, puesto que el salario que el burgués les paga es irrisorio; pues bien: suprimamos los demás trabajadores esa propina que mantiene permanentemente al par que la palabra «gracias» en sus labios, su esclavitud y su falta de dignidad y de energías emancipadoras.

¡No les demos una limosna! Los obreros dignos no la dan ni la reciben.

J. MONTEGUALDO

LOS «ESQUIROLS»

Con este nombre han designado en Cataluña á los que traicionan la causa del trabajo en las huelgas.

Amarillos los denominan los obreros franceses, y este es, en nuestro concepto, el calificativo que mejor les cuadra á los traidores de las huelgas, por ser amarillo también el color de los banderines que sirven de señal para anunciar los lugares donde son encerrados los apestados en épocas de epidemia.

Los traidores ó rompe-huelgas son, por lo general, gente que no tiene habilidad ni trabaja en épocas normales, y aprovecha estas ocasiones para sacar mayor provecho del patrono, obteniendo el jornal libre sobre la manutención, que también se la paga el burgués por estar encerrado noche y día en el taller ó fábrica, resguardado por la fuerza armada, lo mismo que si se tratara de apestados del cólera.

En demostración de esto que dejamos dicho, hemos caído en la tentación de reproducir aquí las palabras que un juez inglés pronunció al fallar en una causa instruida en Londres hace algún tiempo, y en la que un obrero acusado de coacción fué absuelto.

He aquí lo que aquel Juez dijo refiriéndose al traidor.

«Un obrero que en tiempo de huelga vuelve al trabajo, es á la clase obrera lo que un traidor á su país; y aunque en tiempos difíciles cada uno milite en uno de los dos partidos, el traidor es despreciado por todos tan pronto ha quedado la paz concluida.

»El traidor es el último en ayudar á sus compañeros de trabajo y el primero en reclamar su auxilio; y con todo eso no trabaja jamás con seguridad.

»No mira más que por sí mismo y no ve más allá del día siguiente. Por dinero traicionará á sus amigos, á su familia y á su país.

»En una palabra: es un sér que desde luego vende á sus colegas, que más tarde vende á su patrono, hasta que al fin es despreciado y censurado por los dos partidos. Es enemigo de sí mismo, de la sociedad presente y de la sociedad futura.»

Después de esto, queda demostrado lo que tantas veces hemos dicho.

Que el traidor de las huelgas es despreciado en toda ocasión, tanto por los obreros dignos como por los mismos burgueses, que después que los han aprovechado para romper las huelgas los despiden despreciativamente por inútiles para sí, para la familia y para la sociedad.

EL ATRASO DEL OBRERO

Si nuestro pueblo es uno de los más atrasados, si todavía parecen revolucionarias y perturbadoras las legítimas aspiraciones del que trabaja, y si las clases directoras, del Gobierno abajo, ni piensan en cuestiones sociales, que para ellos no existen, ni estudian ni conciben otro estado de cosas que la explotación del que está debajo por el que se halla encima, débese á que somos una nación dominada por los cucarachas romanos, que predicán una religión en que no creen, pues la predicán solamente por su bienestar propio, que es la base fundamental de su doctrina.

El obrero para poder llevar á cabo su emancipación tiene que desligarse por completo de esas mentiras con que los curas y frailes pretenden imponer en la sociedad su criterio, que es el más cerrado y desesperante de cuantos se conocen. Interpretando viciosamente el Evangelio, sostienen que ha de haber magnates y mendigos, grandes y pequeños, opulentos é indigentes.

Su religión canoniza el dolor... de los demás, y esta basada en esperanzas ultraterrenas. El sacerdocio tiene interés en la permanencia de las desventuras del hombre, á fin de mantener vivo el deseo de otra vida y el desprecio de la presente, lo cual tanto ha favorecido á la Iglesia, siendo, podríamos decir, el fundamento de su prosperidad.

Trabajadores: ha llegado el momento de estrecharse en fraternal abrazo para poder luchar denodadamente contra la turba de fariseos, burgueses, hipócritas, que con sus indulgencias y sermones los unos, y con la explotación y atropellos los otros, tratan de sumiros en la esclavitud y embruteceros para poder seguir ellos siendo los reyes absolutos en la tierra, mientras los ignorantes y caducos oran para ganar el reino de los cielos.

MANUEL MARTÍNEZ

Un salteador de caminos, revólver en mano, sorprende á un viajero y le dice encarándole el arma:

—¡La bolsa ó la vida!

Un sacerdote, so pretexto de cumplir un ministerio sagrado, se coloca á la cabecera de un moribundo y le dice con voz aterradora:

—¡La bolsa ó el purgatorio!

¿Cuál de los dos es más noble?

LA INQUISICIÓN ESPAÑOLA

El epigrafe con que encabezamos estas líneas, se lee en casi todos los números de la prensa radical extranjera.

Los actos del gobierno de Mañera son considerados, muy justamente, por aquella prensa como los de Abdul-Amid y Nicolás II. Al hablar de España se forman el cargo de que todavía viven y están en todo el apogeo de su *grandeza* los Torquemada y Arbués.

Y no es ya sólo en la prensa donde se habla de *nuestra* Inquisición.

En la sesión que tuvo el 27 del finido Junio una comisión nombrada por el parlamento inglés para entender en el *bill* de admisión y expulsión de cierta clase de extranjeros (suponemos que este *bill* tendrá alguna relación con el tratado internacional que intentó llevar a cabo Nicolás II contra los anarquistas), al discutirse cierta cláusula referente á la vigilancia secreta á bordo de los buques que hacen la travesía del Canal de la Mancha, suscitóse viva discusión, durante la cual dijo Mr. Harwood, miembro de la referida comisión: «De modo que cada buque, durante el tránsito, estará convertido en *una especie de Inquisición española*»

Estas palabras reflejan claramente lo que decimos antes: el criterio que se han formado los extranjeros respecto á España.

En cuanto á nosotros, nos hemos acostumbrado ya tanto á estas cosas, que ya casi no nos indignamos ante los actos inquisitoriales que se cometen aquí cada día. A fuerza de verlos repetir á cada instante, parece que se nos han embotado los sentimientos ó que nos hemos convertido en una cuadrilla de eunucos incapaces de hacer nada más que sufrir las coces que nos quieren aplicar los brutos.

En un comunicado publicado por «El Porvenir» de Salamanca, se descubre una nueva *hazaña* realizada á fines de Febrero del pasado año.

En el pueblo de Bañovárez, de aquella provincia fueron presos tres hombres y dos mujeres por la guardia civil la que junto con el alcalde, el juez y los caciques del pueblo, armados todos de sendos garrotes apalearon bárbaramente á los tres hombres, obligando después á desnudar á las dos mujeres, apaleándolas también, hasta que dejaron á los cinco infelices tendidos en el suelo y mandando abundante sangre.

Todas estas brutalidades fueron presenciadas por el cura del pueblo, que daba gritos de «mueran los ladrones», azuzando así á aquellos bárbaros.

Este cuadro representa de una manera admirable la *justicia* que aquí se administra, bendecida y sancionada por la religión en la persona del cura de Bañovárez.

Nosotros, ya que no otra cosa, lo menos que podemos hacer es ofrecer la noticia á la prensa extranjera para que se enteren todos los hombres justos de la tierra.

Y que siga formándose la atmósfera que se está formando.

Ya se tocarán sus resultados.

ECOS Y COMENTARIOS

Los señores sacerdotes que escriben *El Grano de Arena*, también quieren dar su opinión sobre las cuestiones sociales.

Son, es claro, muy enemigos del socialismo y de todas las mejoras que piden los trabajadores.

Su ideal es que los obreros trabajen catorce horas por lo menos y que ganen dos ó tres reales, cuando más, y luego que estén contentos, resignados, que aprecien mucho al patrono y que besen la mano á los señores sacerdotes. Así la tierra sería un paraíso.

Pero ellos, los curas, no quieren más trabajo que una misita de media hora y cobrar un duro y además cobrar por los entierros, por los bautizos, por los matrimonios, por sacar almas del purgatorio y por una porción de gandulerías. ¡Qué hermoso es el

mundo y que bueno es Dios... para los señores sacerdotes.

Arre allá... ¡¡curas!!

Los oficiales carpinteros que se reunieron en el Casino de Unión Republicana para pedir amigablemente á sus patronos algunas mejoras, han publicado un remitido en los diarios demostrando su satisfacción y su agradecimiento *por haber ganado* la jornada de *diez horas*.

También se han aumentado un poco los jornales á los que ganan menos de tres pesetas, que son casi todos.

Sin embargo, pidiendo tan poco y con tanta dulzura, aun les querían enredar los patronos con dilaciones injustificadas.

Los patronos que se han portado peor son los más conocidos por sus ideas cristianas y por pertenecer á varias congregaciones ó rebaños de beatos.

Es el criterio católico aplicado á las cuestiones sociales: los patronos han de ser para sus obreros como un padre para con sus hijos. Esto es lo que dicen para engañar; pero luego en la práctica son los peores, los más verdugos. ¡Qué poca vergüenza!

Ya escampa:

Ultimas noticias de Rusia.

«Varsovia 6.—Han tenido lugar varias manifestaciones contrarias á la guerra.

Se han dado algunos gritos de ¡Fuera la guerra! ¡Abajo el Czar!, habiendo disparado la tropa contra los manifestantes, resultando varios muertos y muchos heridos. Se han llevado á cabo muchas detenciones.»

No cabe ya duda ninguna que en Rusia se prepara una gran revolución, con la que las pagará todas juntas aquel bárbaro coronado.

La «Sociedad de Obreros Panaderos» convoca á todos los obreros del oficio á la reunión que celebrará el viernes 15 del corriente á las once de la mañana, en el local de la Federación de Obreros, para tratar asuntos de interés.

Se nos ruega hagamos público que los ingresos habidos en los mítins celebrados durante la huelga de zapateros de la fábrica de D. Damián Bagur ascienden á 77'60 pesetas y los gastos por todos conceptos á 70'85. El sobrante de 6'75 pesetas se acordó destinarlo á la suscripción abierta para la Escuela que sostiene la Federación.

HUELGAS

Pidiendo aumento de precio en la mano de obra se declararon en huelga los obreros de la fábrica de calzado de D. José Salom.

Después de un día de paro accedió este señor á las peticiones de sus operarios.

**

Han sido presentadas también algunas peticiones á la fábrica de calzado de D. Andrés Pons, para que iguale sus precios á los que pagan los otros fabricantes de esta ciudad.

A la hora de cerrar este número no se ha solucionado todavía la cosa, y parece que el fabricante quiere enredar la cuestión.

A todos los obreros del arte metalúrgico

Compañeros:

Para tratar asuntos de interés para el oficio y con el fin de ensanchar en lo posible nuestra asociación, invitamos á todos los del arte á la reunión que celebraremos el próximo sábado día 9 del corriente, á las nueve y media de la noche en el local que ocupa la *Federación de Obreros de la Isla de Menorca*.

Esperamos no dejaréis de acudir en bien de todos.—EL SINDICATO METALÚRGICO.

PAPEL IMPRESO

Estos días han llegado á nuestra Redacción las siguientes revistas:

El número de 1.º de Julio de *La Revista Blanca*, conteniendo el siguiente sumario:

Incapacidad progresiva de la burguesía, por Anselmo Lorenzo.—*Estética dramática*, por Octavio Mirbeau.—*El ideal en la Exposición de Bellas Artes*, por Federico Urales.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Escenas de familia* (continuación), por Máximo Gorki.—*Crónicas de Arte y Sociología*, por J. Pérez Jorba.—*Generación voluntaria*, por José Torralvo.—*Dalila*, por Bernard Lazare.—*La misión de la mujer* (continuación), por el Doctor Enrique Fischer.

Además publica dos grabados: una reproducción del cuadro titulado *La Carga*, de Casas, presentado en la Exposición de Bellas Artes y que representa una revuelta de obreros y la guardia civil que carga sobre la multitud. Otro: *La cuestión de la vida*, busto de Cabrera, presentado en la misma Exposición.

Con este número empieza esta publicación el VII tomo.

Redacción y Administración: Cristóbal Bordiú, 1, Madrid.

El número 19 de *Natura*, con el sumario siguiente:

La evolución del clan patriarcal, por Clemencia Jaquinet.—*Hacia el porvenir*, por Ricardo Mella.—*¡Oh, el pasado!*, por Donato Luben.—*Literatura y Acción*, por A. Lopez Rodrigo.—*El porvenir de la literatura*, por Carlos Leturneau.—*La interpretación de la felicidad*, por J. Comas Costa.—*Sobre la educación*, por J. Ruskin.

Dirección: Floridablanca, 126. 1.º, 2.ª Barcelona.

El número correspondiente á Junio del *Boletín de la Escuela Moderna*, cuyos principales trabajos en él insertados son:

La Enseñanza Laica.—*¿Es Racional el premio?* por Leopoldina Bonnard; *A propósito del Vegetarismo*, por Eliseo Reclus.—*Influencia de los animales en la salud pública*, por el Dr. J. Hericourt.—*El Niño rico*, por Edmundo de Amicis y un resumen de las conferencias celebradas en aquel centro instructivo. Publica también cuatro páginas de folletín.

Dirección: Bailén, 56. Barcelona.

Suscripción permanente á beneficio de la «Escuela Germinal» de la «Federación Obrera».

	Pesetas.
Suma anterior.	13'20
Sobrante de los mítins celebrados durante la huelga de la fábrica de calzado del señor Bagur	6'75
Juan Fortuny	0'20
R. F. S.	2'50
Rafael Vanrell.	1'00
Juan Bagur Aloy.	2'00
Miguel Adrover	1'00
Suma y sigue.	26'65

CORRESPONDENCIA

Lebrija.—J. G. Servimos.

Sevilla.—A. G. Recibida carta. Mandamos el periódico y conformes.

Barcelona.—«Juventud Libertaria». Aumentamos el paquete. Recibidos cincuenta «La Preparación del Porvenir».

El Porvenir del Obrero

Suscripción: Trimestre 1 pta.
Paquete de 25 ejempls. 75 cént.
Número suelto 5 »

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Castillo, 59.—Mahón (Baleares)

Imprenta de EL PORVENIR DEL OBRERO